

PAZ

No puede decidirse, ciertamente, que la paz haya sido, alguna vez, el estado natural de la sociedad humana. El hombre ha clamado, en ocasiones con desesperación, por la paz y, sin embargo, se ha entregado a ese ejercicio estúpido y destructivo de la guerra. Paz y Amor son dos bellas palabras que expresan una situación y un sentimiento con los que el hombre ha soñado obsesivamente, sin conseguir jamás que predominen sobre sus antagonistas la violencia y el odio.

Resulta deprimente, pero es así. La historia está formada por el relato de una inacabable sucesión de guerras, invasiones, atropellos, rapacidades y asesinatos. Desde que se tienen noticias de este extraño ser humano, que se cree el rey de la creación, lo más significativo, lo que cualifica y distingue de otras especies, es su capacidad para autodestruirse con tozudez y saña dignas de mejor causa.

De tal manera ésto es así, que incluso los avances científicos de que hace gala han estado, casi con exclusividad, inspirados y promocionados por su afán de destruir, aún cuando después haya podido aplicarse a mejores fines. El perfeccionamiento de la aviación se alcanzó en las dos primeras guerras mundiales; la electrónica, la informática, la robótica y tantas y tantas nuevas tecnologías, han surgido con la guerra fría y en la competición por el dominio del espacio exterior. Ningún Estado hubiera invertido tan cuantiosos recursos en investigación, sin la presión o la tensión por sobrepasar al contrario en armamentos y potencial.

Y en este juego trágico, en este afán de negativa superación, consume la sociedad sus mayores energías, olvidando fortalecer lazos de unión, desarrollar afinidades, intensificar relaciones de colaboración, crear y propiciar los medios para convivir pacíficamente.

Esta faceta moral no avanza de forma paralela a la científica. Por ello nos encontramos con el absurdo de que, próximos al Siglo XXI, cuan-

do creíamos entrar en una nueva época pletórica de sugestivas oportunidades, estalla una guerra con toda la barbarie de un fanatismo primitivo y todo el refinamiento de la tecnología y de la ciencia. ¡ que poco ha aprendido el hombre desde su aparición en la tierra !.

La paz sigue siendo una utopía imposible. En su afán de supervivencia, el individuo ha recurrido a la religión, a la búsqueda de Dios. Pero de El sólo ha escuchado lo que convenia a sus deseos, nunca los mandatos que obligaban.

Y hasta lo ha involucrado en sus luchas intestinas. Como si El no fuera, por antonomasia, el Creador y, por consiguiente, incompatible en absoluto con la destrucción que el hombre practica con constancia demoníaca.

La Semana Santa nos ofrece buena oportunidad para meditar y enderezar conductas. Los intentos utópicos de conseguir un mundo mejor con ausencia de conflictos, pero impuesto por la fuerza, han fracasado estrepitosamente. Y han fracasado por que si bien el hombre forma parte de un colectivo social es, ante todo, un ser singular, solitario, aislado. Y desde esa singularidad, a veces dramática, hay que empezar a corregir y perfeccionar, con esfuerzo y sacrificio callados. Al fin y al cabo, las naciones, el mundo, están compuestos por la suma de cada uno de nosotros. En la medida que seamos mejores, el mundo también lo será y surgirán, entonces, espontáneas, la Paz y la Justicia.

Miguel Molina

MARZO 1991